

LECCIÓN

2

Aparentando y Cumpliendo

IDEA CENTRAL

Esta lección trata de cómo nosotros “reducimos la Cruz”, lo cual es indicio de que algo falta en nuestra comprensión, apreciación o aplicación del sacrificio de Jesús por nuestro pecado. Esto se manifiesta de dos formas principales: **aparentando** y **cumpliendo**. Aparentar minimiza el pecado al fingir ser algo que no somos. Cumplir reduce la santidad de Dios rebajando su nivel de exigencia hasta llegar a un nivel que podemos alcanzar y así merecer su favor. Estas dos tendencias se fundamentan en una visión inadecuada de la santidad de Dios y de nuestra identidad.

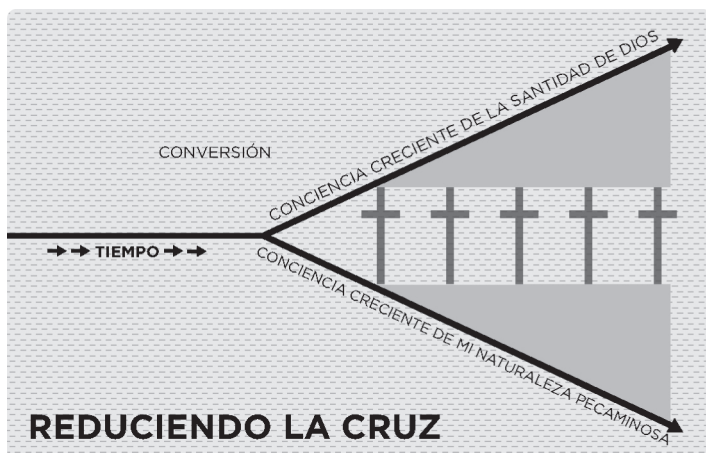
Lección 2

ARTÍCULO

Reduciendo la Cruz: APARENTANDO Y CUMPLIENDO

La semana pasada vimos un modelo que ilustra lo que significa vivir a la luz del Evangelio. Esta semana veremos más de cerca las maneras en que reducimos el Evangelio y su impacto en nuestras vidas.

Observa que la línea superior del diagrama se identifica como “una conciencia creciente de la santidad de Dios”. Como mencionamos la vez pasada, esto no significa que la santidad de Dios *en sí* crezca, porque el carácter de Dios no cambia. Él siempre ha sido infinitamente santo. Más bien, esta línea muestra que cuando el Evangelio funciona correctamente en nuestras vidas, nuestra *conciencia* acerca del carácter Santo de Dios crece constantemente. Nos damos cuenta en formas más completas y profundas del peso de la gloriosa perfección de Dios.



De igual forma, la línea inferior del diagrama muestra que cuando el Evangelio funciona correctamente en nuestras vidas, nuestra conciencia acerca de nuestra naturaleza pecaminosa crece constantemente. Esto no significa que nos estemos volviendo más pecadores. (De hecho, si estamos creciendo en Cristo, empezaremos a ver más victorias sobre el pecado.) Pero cada vez nos vamos dando más cuenta de lo profundo que es “el madrigal del conejo”^{*} en cuanto a nuestro carácter y comportamiento. Estamos viendo que somos profundamente más pecaminosos de lo que nos habíamos imaginado.

Conforme estas líneas se van separando, la Cruz llega a ser más grande en nuestra experiencia, produciendo un amor más profundo por Jesús y una comprensión más plena de su bondad. Al menos esa es la idea. Pero en realidad, debido al pecado que mora en nosotros, somos propensos a olvidar el Evangelio — nos desviamos de él como una barca que suelta sus amarras. Es por eso que la Biblia nos insta a estar “firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del Evangelio” (Colosenses 1:23) y que “la palabra de Cristo more en abundancia en vosotros” (Colosenses 3:16). Cuando no estamos anclados en la verdad del Evangelio, nuestro amor por Jesús y nuestra experiencia de su bondad llegan a ser muy pequeños. Terminamos “reduciendo la Cruz” ya sea **aparentando** o **cumpliendo**.

Observa otra vez la línea inferior del diagrama. ¡Crecer en la conciencia de nuestra naturaleza pecaminosa no tiene nada de divertido! Significa admitir — a nosotros mismos y a los demás — que no somos tan buenos como nos creíamos. Significa confrontar lo que Richard Lovelace llamó la compleja red de “actitudes, creencias y comportamientos compulsivos” que el pecado ha creado en nosotros^{**}. Si no estamos descansando en la justicia de Jesús, nuestra conciencia creciente de pecado llega a ser un peso aplastante. Nos doblamos bajo su peso y compensamos **aparentando** que somos mejores de lo que realmente somos. El aparentar puede tomar varias formas, como: la deshonestidad (“No soy tan malo”), las

* Nota del traductor: “madriguera del conejo” es una expresión sacada del libro “Alicia en el País de las Maravillas”.

** Richard Lovelace, *Dynamics of Spiritual Life* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1979), p. 88.

comparaciones (“No soy tan malo como *aquellas* personas”), presentar excusas (“*Realmente* no soy así”) y una justicia falsa (“Aquí están *todas las cosas buenas* que he hecho”). Debido a que no queremos aceptar lo pecadores que realmente somos, giramos la verdad a nuestro favor.

Creer en nuestra conciencia de la santidad de Dios también es un reto. Es verse cara a cara con los justos mandamientos de Dios y la gloriosa perfección de su carácter. Significa darse cuenta de lo lejos que estamos de su nivel de exigencia. Significa reflexionar en su disgusto por el pecado. Si no estamos cimentados en la aceptación de Dios a través de Jesús, compensaremos intentando ganar la aprobación de Dios por medio de nuestro **cumplimiento**. Vivimos nuestra vida sobre una cinta de correr intentando ganar el favor de Dios, viviendo para cumplir con sus expectativas (o nuestra percepción incorrecta de ellas).

Es fácil hablar de aparentar y cumplir en lo abstracto. Pero consideremos cómo estas tendencias se manifiestan de forma práctica en nuestras vidas.

Para discernir tus propias tendencias sutiles de aparentar, hazte la siguiente pregunta: ¿en qué te basas para obtener un sentido de “credibilidad personal” (validación, aceptación, buena posición social)? Tu respuesta a esta pregunta a menudo revelará algo (además de Jesús) en lo que buscas encontrar una justicia. Cuando no estamos bien cimentados en el Evangelio, descansamos en estas fuentes falsas de justicia para edificar nuestra reputación y darnos un sentido de estima y valor. Aquí tenemos algunos ejemplos:

UNA JUSTICIA LABORAL: Soy una persona que trabaja mucho y bien, así que Dios me recompensará.

UNA JUSTICIA FAMILIAR: Porque “hago las cosas bien” como padre de familia, soy más espiritual que otros padres que no pueden controlar a sus hijos.

UNA JUSTICIA TEOLÓGICA: Tengo una buena teología; Dios me prefiere más que a aquellos que tienen una mala teología.

UNA JUSTICIA INTELECTUAL: He leído más libros, me expreso mejor, y soy más culto que otros — lo cual, evidentemente, me hace superior.

UNA JUSTICIA DE HORARIO: Soy autodisciplinado y riguroso con mi gestión del tiempo, lo cual me hace más maduro que otros.

UNA JUSTICIA DE LA FLEXIBILIDAD: En un mundo tan ocupado, yo soy flexible y relajado. Siempre tengo tiempo para otros. ¡A los que no son así debería darles vergüenza!

UNA JUSTICIA DE LA MISERICORDIA: Tengo cuidado de los pobres y desvalidos de la manera en que todos deberían hacerlo.

UNA JUSTICIA LEGALISTA: Yo no bebo, ni fumo, ni juego, ni ando con la clase de personas que hacen estas cosas. Hoy en día hay demasiados cristianos que no se preocupan por la santidad.

UNA JUSTICIA FINANCIERA: Manejo el dinero sabiamente y no tengo deudas. No soy como esos cristianos materialistas que no controlan sus gastos.

UNA JUSTICIA POLÍTICA: Si realmente amas a Dios, votarás por mi candidato.

UNA JUSTICIA DE LA TOLERANCIA: Tengo una mente abierta y soy amable con aquellos que no están de acuerdo conmigo. De hecho, me parezco mucho a Jesús en ese sentido.

Estos son solo unos pocos ejemplos. Quizá puedas pensar en muchos más. (Piensa en algo que te hace sentir “lo suficientemente bueno” o mejor que los demás.) Estas fuentes de justicia funcional nos desconectan del poder del Evangelio. Nos permiten encontrar una justicia en lo que

hacemos en lugar de confrontarnos honestamente con la profundidad de nuestro pecado y “avería”. ¡Además, cada una de estas fuentes de justicia es también una manera de juzgar y de excluir a otros! Las usamos para elevarnos a nosotros mismos y condenar a aquellos quienes no son tan “justos” como nosotros. En otras palabras, encontrar justicia en todas estas cosas nos lleva a pecar más, y no menos.

Ahora, para revelar tu tendencia hacia aparentar, haz una pausa y hazte esta pregunta: Al pensar Dios en ti ahora mismo, ¿cuál es la expresión de su rostro?

¿Te imaginas a Dios decepcionado contigo? ¿Enfadado? ¿Indiferente? ¿La expresión de su rostro dice: “¡Organízate de una vez!” u “¡Ojalá pudieras hacer un poco más por mí!”? Si te imaginas a Dios de cualquier manera que no sea satisfecho con lo que Jesús ha hecho por ti, has caído en la mentalidad de cumplir. Esta es la verdad del Evangelio: En Cristo, Dios está profundamente satisfecho contigo. De hecho, basado en la obra de Jesús, ¡Dios te ha adoptado como su propio hijo o hija (Gálatas 4:7)! Pero cuando dejamos de basar nuestra identidad en lo que Jesús ha hecho por nosotros, caemos en un cristianismo que consiste en cumplir. Nos imaginamos que si fuéramos “mejores cristianos”, obtendríamos la aprobación de Dios de forma más plena. Vivir de esta manera mina el gozo y el placer de seguir a Jesús, y nos quedamos revolcándonos en una obediencia por obligación y sin gozo. Nuestro Evangelio se vuelve algo muy pequeño.

De hecho, un cristianismo que consiste en cumplir disminuye la santidad de Dios. Pensar que podemos impresionar a Dios con “vivir correctamente” muestra que hemos reducido su nivel de exigencia muy por debajo de lo que realmente es. Más que estar sorprendidos por la medida infinita de su santa perfección, nos hemos convencido que si sólo nos esforzamos lo suficiente, podemos merecer el amor y la aprobación de Dios.

Nuestras tendencias sutiles a aparentar y cumplir muestran que dejar de creer en el Evangelio es la raíz de todos nuestros pecados más observables. Conforme aprendemos a aplicar el Evangelio a nuestra incredulidad —

a “predicarnos a nosotros mismos el Evangelio” — nos encontraremos libres de la falsa seguridad de aparentar y cumplir. En cambio, viviremos en el gozo y la libertad auténticos que Jesús nos prometió. Hablaremos más de esto la próxima vez.

Lección 2

EJERCICIO

Lo Bueno y lo Malo

Todos hemos construido ciertas reglas o normas por las cuales regimos nuestras vidas, pensando que si las guardamos, quedaremos más “justos” delante de Dios. Este es un pequeño paso antes de empezar a juzgar a otros en base a su cumplimiento de estas reglas o leyes. Las reglas que hacemos para nosotros mismos normalmente son cosas buenas. Sin embargo, a menudo abusamos de ellas. Por ejemplo, en la lucha por querer controlar nuestras vidas, creamos reglas para mantener ese control. Estas reglas pueden ser tan simples como “no te metas en mi carril”, o “la casa debe mantenerse en orden”. Cuando la gente incumple estas reglas sentimos que estamos perdiendo el control y que la gente no nos respeta. Además, creemos que nosotros tenemos la razón y que ellos están equivocados. El resultado normalmente es el enfado, al intentar retomar el control de la situación y mostrar que tenemos toda la razón. Así que en lugar de usar estas normas para saber cómo debemos amar a los demás, las usamos en su contra.

PREGUNTAS DE APLICACIÓN

1. Da un ejemplo de alguna regla que has hecho para ti y para los demás que te hace sentir bien cuando se cumple, pero molesto o deprimido cuando no se cumple.

2. ¿Cómo te ha dado esta dinámica de guardar normas un sentido de autojusticia?
3. ¿Cómo te impide amar genuinamente a otras personas el dejarte dominar por estas reglas? Sé específico.